



Felipe Benítez Reyes

Barrios tristes

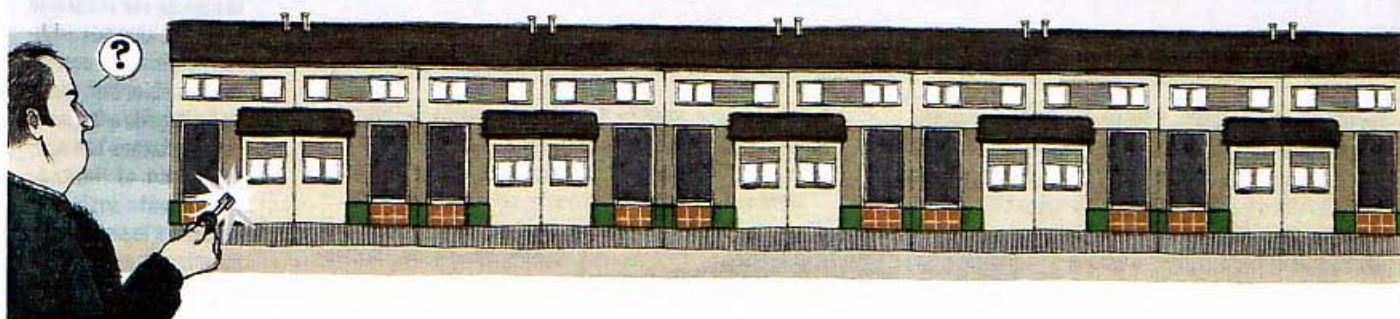
En teoría, el urbanismo está en manos de los políticos, lo que quiere decir que, en la práctica, está en manos de los constructores. La situación no deja de resultar curiosa, sobre todo si se tiene en cuenta que un delegado de urbanismo puede ser un médico, un comerciante de ordenadores o un abogado. Es decir, alguien que sabe de urbanismo lo mismo que usted y que yo, a menos que admitamos que el cargo lleva consigo algún tipo de ciencia infusa. Pero esa es una de las grandes prestidigitaciones de la política: convertir de la noche a la mañana a un ignorante en una materia concreta en un experto en una materia concreta. Si un relojero, pongamos por caso, resulta designado como delegado municipal de urbanismo, al día siguiente ya está hablando por boca de dómone de materias urbanísticas, a pesar de que no se le conozca más experiencia urbanística que la de haberse comprado una vivienda unifamiliar.

Creo que todos estaremos de acuerdo en que el modelo urbanístico que están imponiéndose se basa en la codicia. En la codicia de los políticos, que procuran financiar los ayuntamientos a golpes de cobro de licencias (y dejemos a un lado el asunto espinoso de la financiación personal), y en la codicia de los promotores inmobiliarios, que no necesita explicación. Se trata de un planteamiento urbanístico sin ideología urbanística, basado únicamente en la urgencia y en la rentabilidad inmediata: recalificar, construir y vender. Y ahí tenemos el resultado: pueblos que, en cuestión de meses, cuadruplican su población; infraestructuras insuficientes, servicios generales precarios, aumento a corto plazo del gasto público que hay que paliar mediante el aumento de suelo urbanizable... Y, aparte de eso, barrios tristes y desolados!

Una ciudad es una construcción lenta, una labor de siglos. Los núcleos urbanos que se levantan en cuestión de semanas tienen siempre un aire de decorado, de estructura efímera, de cosa hecha para usar y desmontar. Por otra parte, parece imponerse el modelo de viviendas adosadas, que es como vivir en un piso pero a ras de suelo, aunque tengas que pagarlo a precio de chalet, porque la cosa tiene truco psicológico: compras diez metros cuadrados de césped y pagas a gusto lo que te pidan por ese espejismo de jardín. Llegas a uno de esos barrios de nueva construcción y ves una sucesión de casas idénticas, una perspectiva monótona, un perfil inalterable. Barrios sin tiendas, sin bares, con parques que parecen cementerios. Barrios en los que sólo varía —y tampoco mucho— el tono del ladrido del perro que se abalanza contra la verja si se te ocurre pasar por allí.

Los pueblos se hacen con cuentagotas, no con vómitos de hormigonera. Se configuran en función de la necesidad, de la capacidad y también de la casualidad, y por eso cada pueblo es único. O era. Las periferias se han convertido en mecanos, en irrealidades extensibles a fuerza de planes parciales, en espacios intercambiables. Nadie puede salir a tomarse una copa al bar de la esquina, porque no hay bar de la esquina y, si me apuran, es posible que incluso no haya esquina. Nadie puede salir a comprar el periódico al quiosco de enfrente, porque enfrente sólo hay una casa idéntica a la suya. Nadie puede ir a la panadería de abajo. Ni a la mercería de la plaza. Y ahí aparecen, en fin, los centros comerciales, siempre tan filantrópicos. Y la vida sigue. Y qué más da, según parece.

¿De qué quiere que escriba Felipe Benítez Reyes? fbenitez@progres.es



“El modelo urbanístico que nos imponen se basa en la codicia”